

LECCION NOVENA.

Bloqueo de Veracruz.—Desembarco á las órdenes del general Scott.—Resistencia de Veracruz.—Capitulacion.—La reprobación Santa-Anna.—Su marcha á Jalapa.—Batalla de Cerro Gordo.—Retiro á Orizaba.—Ocupa Puebla el ejército norte-americano.—Fortificaciones en la capital y en los alrededores.—Conducta de algunos ricos.—Marcha del ejército invasor á la capital.—Valencia se sitúa en Padierna.—Anaya, Rincon y Gorostiza en Churubusco.—Santa-Anna se sitúa en las haciendas de San Antonio y Portales.—Batalla de Padierna.—Batalla de Churubusco.—Armisticio.—Pláticas de paz.—Ruptura del armisticio.

Desde el mes de Mayo de 1846 habian declarado los norte-americanos el bloqueo de Veracruz, despues de haber hecho tentativas infructuosas de desembarco en Alvarado y en San Juan Bautista Tabasco.

El 8 de Febrero de 1847 se avistaron al puerto buques de guerra, y en 9 de Marzo un segundo ejército desembarcó á las órdenes del general Scott, precisamente en el dia ó dias en que se retiraban nuestras maltratadas fuerzas á San Luis Potosí y el Vicepresidente Farías luchaba contra el pronunciamiento impulsado por el clero y por moderados y serviles.

La defensa de Veracruz estaba confiada al general Morales con 4,000 hombres entre tropas regulares y guardias nacionales. El castillo de Ulúa lo defendia con 1,000 hombres el general Durán.

El ejército norte-americano que desembarcó se componia de 13,000 hombres, teniendo á su cabeza á los generales Worth, Twigs, Patterson, Pilow y Quitman.

El 22 de Marzo intimó el jefe americano rendicion á la plaza, que contestó enérgicamente por la negativa. Rompiéronse los fuegos á las cuatro de la tarde, y desde ese momento se desató sobre la plaza un espantoso bombardeo que era contestado con actividad y decision. Seis dias duró aquella granizada de proyectiles que sembraba la desolacion, especialmente por dirigirlas los norte-americanos con toda barbarie sobre las casas de asilo y hospitales; y cuando habian perecido cerca de mil hombres y pasado de 300 los heridos; cuando habian caido sobre la reducida plaza 6,700 bombas y 13,000 balas de cañon; cuando las pérdidas se calculaban en más de 6.000,000 de pesos; cuando ni habia parque ni víveres, ni esperanza de socorro alguno, se ajustó una honrosa capitulacion el 27 de Marzo. (*)

El general Santa-Anna reprobó aquella capitulacion, puso presos á los generales Morales, Landero y Durán, y dejando la Presidencia á D. Pedro María Anaya, nombrado ántes por el Congreso, salió de la capital con direccion á Jalapa, diciendo en una proclama *que iba á lavar la deshonor de Veracruz*.

Antes habia mandado fortificar Cerro Gordo, distante seis leguas de Jalapa, contra la opinion científica de los ingenieros Robles y Cano, desechada por la tiránica suficiencia de la ignorancia.

Constituido definitivamente el campo en Cerro Gordo, el Sr. Robles formó su proyecto de fortificación, proyecto que rectificó y mutiló la ignorancia del general Santa-Anna, con perjuicio de la defensa.

Cerro Gordo está casi rodeado por barrancas, escabrosidades y malezas: del lado opuesto á ellas se situaron los norte-americanos, con satisfacción de Santa-Anna, que decía que por aquellos lugares no podían pasar ni conejos.

No obstante, por esos puntos se mandó hacer un reconocimiento con caballería á Canalizo, que como era de esperarse, no dió resultado alguno.

Scott, perfectamente aconsejado, formó su plan de ataque y dió órdenes precisas á sus tropas.

En su consecuencia y despues de bien combinados movimientos que en vano quiso contrariar el general Alcorta, los norte-americanos ocuparon el cerro de la Atalaya que flanqueaba el cerro del Telégrafo, centro y altura dominante de nuestro campo, y punto que habia quedado sin fortificar *por mandato* de Santa-Anna, contra las previsiones de Robles.

El dia 18 de Abril se verificó el ataque; Scott embistió por el frente y los flancos el Telégrafo con numerosas fuerzas y poderosa artillería. Las fuerzas asaltantes constaban de 8,500 hombres de tropas floridas.

La defensa fué heróica, sostenida por el general Vázquez, Banneli, Uruga, Palacios, Robles y otros beneméritos jefes, de los que perecieron el citado ge-

neral Vázquez, coronel Rafael Palacios, comandantes Velasco y Osorno, capitanes Herrerías, Palafox, Martínez y otros.

Consumóse la derrota.

Santa-Anna se retiró con un corto número de oficiales á Orizaba á organizar nuevas resistencias, mereciendo por su fe y energía, á pesar de sus faltas, que se le considere en toda esta campaña como el primero de los defensores de México.

Canalizo, con una corta fuerza, habia marchado rumbo á Puebla, que abandonó á poco. Santa-Anna reunió fuerzas en Orizaba y se presentó en México el 20 de Abril, recogiendo el poder supremo de manos del Sr. Anaya.

Los norte-americanos ocuparon fácilmente Puebla y fueron recibidos dulce y afectuosamente por el señor Obispo de la diócesis.

Con actividad extraordinaria se fortificaron las garitas de la ciudad y los puntos de Churubusco, el Peñon y Mexicalcingo: reinaba el entusiasmo, se repetían los actos de patriotismo, y al clamoreo tremendo de la campana mayor respondía el aspecto del pueblo indignado y resuelto á defender sus derechos.

Varios ricos se guarecieron tras de las banderas de los cónsules, y la abstencion, si no la hostilidad del clero, fué antipatriótica y fatal á nuestra causa.

El ejército enemigo, compuesto de 12,000 hombres, marchó sobre la capital. (*)

El general Valencia se situó en las lomas de Pelon Cuautitla, cerca de San Angel, con los restos del bri-

llante ejército del Norte que era la gloria de nuestras armas.

El general Anaya, acompañado de Rincón y Gorostiza, (*) ilustre por tantos títulos, estaba en Churubusco, y Santa-Anna en la hacienda de Portales creía poder atender á puntos tan importantes.

El enemigo descendió de Tlalpam, se dirigió por el camino de Peña Pobre á Padierna; Santa-Anna mandó situar á D. Francisco Pérez á la vista del campo, en Coyoacán.

Valencia, aunque hombre ignorante, dócil al consejo y valiente hasta la temeridad, resistió con heroísmo acompañado de los generales González de Mendoza, Blanco, Salas, Parrodi y Frontera que pereció peleando; pero las envidias, la ambición y las malas pasiones dejaron sin auxilio oportuno á Valencia, que sucumbió en la madrugada del día 20, huyendo, disfrazado y perseguido á muerte, á Toluca. (*)

La tropa desbandada y que caía como una avalancha de las lomas de Padierna, llegó á Churubusco, donde Twigs atacaba con 5,000 hombres aquella posición defendida únicamente por 800 guardias nacionales de los cuerpos de Independencia y Bravos.

Los asaltantes, á pesar de sus desesperados esfuerzos, no lograron penetrar en la fortaleza sino cuando no había quedado un solo cartucho y 400 hombres yacían cadáveres.

En esta gloriosa acción perecieron Martínez de Castro, joven notabilísimo por su saber y virtud; Peñú-

ñuri, hacendado pródigo y laborioso, y Villamar, poeta distinguido.

Comonfort, Haro D. Antonio, García Torres y otros se señalaron por sus servicios importantes. (*)

Anaya, habiendo quedado ciego en medio de la acción por la explosión de un cajón de parque, hizo que le condujesen á caballo, casi sobre los parapetos, para seguir alentando á sus soldados.

Al ocupar Churubusco, le preguntó Twigs á dónde estaba el parque, y Anaya le contestó: "*Si hubiera parque no estaría vd. aquí.*"

A las jornadas descritas siguió un armisticio, durante el cual se entablaron pláticas de paz: los americanos insistieron tiránicamente en que se les diera Tejas, Nuevo México y la Alta California, pretensión á que se negó el Gobierno, diciendo los comisionados nuestros, Atristain, Couto, Herrera y Mora, que era inaudito que á un país se le hiciera la guerra porque no consentía en su desmembración. (*)

El 6 de Setiembre se rompió el armisticio y el 8 se verificó la batalla del *Molino del Rey*.

LECCION DÉCIMA.

Batalla del Molino del Rey.—Concentraci6n.—Ejecuci6n de los prisioneros de San Patricio.—Refuerzo de los Estados.—Las garitas.—Batalla de Chapultepec.—El Sr. general Bravo.—Conducta heroica del Colegio Militar.—Defensa de las garitas.—Entra Scott en la capital.—El Sr. Peña y Peña en la Presidencia.—Ocupaci6n de California.—La Huasteca.—Mazatlan.—Presidencia del Sr. Anaya.—El gobierno en Quer6taro.—Tratados de paz.—Ratificaci6n de los tratados.—Fin de la guerra.

Las fuerzas mexicanas, constantes de 4,000 hombres, se situaron en los molinos de trigo que tienen el nombre del Rey, en una 6ra que se halla frente 6 lo que hoy es f6brica de fundici6n, y la caballería del Norte en el punto llamado Casa Mata.

El ej6rcito enemigo, fuerte con 6,000 hombres, al mando de los generales Pilow y Cadwalader, sali6 del Arzobispado de Tacubaya, y por su espalda se dirigi6 al asalto de los principales puntos que se han se~alado.

El combate fu6 como nunca sangriento. Defendian los molinos Leon y Balderas; ambos vieron la espalda 6 los enemigos; pero heridos mortalmente, el primero muri6 6 pocos pasos de la iglesita de Chapultepec, y el segundo en M6xico. (*)

Rechazado, despedazado y casi en s6n de derrota el enemigo, fu6 perseguido por nuestras fuerzas; pero recibid refuerzo y retrocedid sobre los nuestros ha-

ci6ndoles horrible carnicería; ent6nces el heroico general Echegaray, reuniendo algunos de sus bravos del 3.º Ligero, se arroj6 entre las filas enemigas, les quit6 las piezas y restableci6 con actos de valor prodigioso la moral en sus tropas. Pero el enemigo hizo un nuevo esfuerzo y la derrota se consumid. Entretanto, nuestra caballería permaneci6 criminalmente inm6vil, reportando la responsabilidad del 6xito de esta funci6n de armas.

La p6rdida del enemigo, segun el Sr. Roa B6rcena, fu6 9 oficiales muertos, 49 heridos, y 800 soldados por muertos y heridos, cont6ndose entre ellos algunos dispersos.

Entre los oficiales mexicanos que murieron peleando heroicamente, se mencionan Aguayo, V6zquez, C6rdenas, Olvera, Mart6nez, se~al6ndose entre los heridos el alumno del Colegio Militar D. Alejandro Arg6andar, del 3.º Ligero.

Entre los oficiales de Mina que murieron, es forzoso perpetuar el nombre de Margarito Zuaso, que acibillado de heridas y moribundo, se arrastr6 para envolverse en su bandera, que arrancaron de su cad6ver empapada en su sangre.

El desastre del Molino del Rey en que parecia sonreir 6 M6xico la victoria, la p6rdida de jefes benem6ritos, la dispersion de fuerzas valiosísimas, la actitud incomprensible de la caballería, y la desconfianza, no del patriotismo, s6 de la actitud de Santa-Anna, hicieron que el des6rden cundiera, que el p6nico se apoderara de los espíritus y que en los aprestos para la

defensa de las garitas se notasen los funestos preludios de la derrota. (*)

El terror y el malestar subieron de punto con la ejecución sangrienta de los prisioneros de San Patricio que, desertores del ejército norte-americano, se pasaron á nuestras filas. Scott fué inflexible y llevó al refinamiento la crueldad. A los prisioneros que por circunstancias atenuantes se les perdonó la vida, se les condenó á sufrir la pena de azotes hasta rajar sus carnes, y se les marcó la frente ó un carrillo con una D con hierro candente. (*)

A pesar del terror propagado por el desorden, llegaban fuerzas de los Estados, señalándose las de Jalisco, y ántes las del Estado de México con D. Francisco M. de Olaguíbel á su cabeza, quien concurrió á la batalla de Padierna. El sabio ilustre Ignacio Ramírez acompañó en la campaña al Sr. Olaguíbel.

Mucho vaciló el jefe norte-americano en atacar las garitas, pero al fin, contra el parecer de sus más entendidos oficiales, se fijó en el ataque de Chapultepec.

Este punto, que según los inteligentes carece de la importancia militar que se le suponía, estaba al mando del director del Colegio Militar, situado en el edificio de la cumbre, en que existían entónces los jóvenes educandos, en su mayoría de catorce á diez y seis años.

Algunas obras insignificantes de fortificación en la parte exterior y en el interior del bosque, formaban la defensa, con ochocientos treinta y dos hombres y escasa artillería.

En la parte superior del cerro no había ni doscientos hombres, incluidos los alumnos, que desde los primeros momentos fungieron esforzados como los soldados de mayor confianza.

Scott situó en el cerro, por la parte exterior del bosque, baterías de sitio y de grueso calibre que arrojaron sus proyectiles sobre el cerro, sin ataque y sin comprometer en aquella ostentación de fuerza un solo soldado.

El general D. Nicolás Bravo, lleno de merecidos lauros de gloria, mandaba la fortaleza.

El fuego lo rompieron los norte-americanos el día 12 á las seis de la mañana, y durante catorce horas sufrieron una lluvia no interrumpida de balas nuestras tropas, que inmóviles, inactivas y como condenadas á un suplicio inevitable y silencioso, veían aniquilarse el edificio y las fortificaciones y amontonarse cadáveres sin recibir auxilio y sin la distracción siquiera del movimiento.

Agriáronse las contestaciones entre Bravo y Santa-Anna; este general disponía de la fuerza; sin que Bravo lo supiese, retiró sus reservas; quería atender á todo y ninguna necesidad cubría; se arrojaba temerario á los peligros y descuidaba operaciones importantes por reñir á un carrero ó por una disputa de poco momento.

Al siguiente día, por el Sur y el Occidente se dió el asalto, y no obstante estar demolidas las fortificaciones y á pesar de haber habido una espantosa deserción, y de que insolentes con la certeza del triunfo

fueron feroces las embestidas de Pilow y Quitiman, la resistencia fué heróica, pereciendo Xicotencatl, despues de consumir hazañas ínclitas; Cano, Pérez Castro y Saldaña, de quien ingrata la historia, no ha hecho la debida mencion. (*)

El enemigo, hollando cadáveres y alentado por su éxito al pié y en la falda del cerro, acomete la cima, y allí hace su último empuje la resistencia, pereciendo en esa reñidísima lid á la bayoneta y con elementos desiguales, los jóvenes alumnos, dejando la vida para que los inscribiese en su padron la historia, los gloriosos alumnos del Colegio Militar, de nuestro Colegio, que recibió su bautismo de sangre, señalando á sus camaradas futuros el sendero de la inmortalidad!

Los más enterados en aquel tiempo de los pormenores de estas funciones de armas, calcularon la pérdida del enemigo en la quinta parte de sus numerosas fuerzas y sesenta oficiales entre muertos y heridos, contándose entre ellos jefes de alta graduacion.

Nosotros, además de las pérdidas referidas anteriormente y de otras que sentimos no pormenorizar, tuvimos las siguientes:

Juan de la Barrera, teniente.

Subtenientes, Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca, Agustin Melgar, Vicente Suárez y Juan Azcutia.

Heridos, Pablo Banuet, y los alumnos de fila, Andrés Mellado, Hilario Pérez de Leon y Agustin Romero.

Quedaron prisioneros con el general Monterde, director del Colegio, los capitanes Jiménez y Alvarado, Aleman, Diaz, Fernando y Miguel Poucel, Argaiz y Peza, y los subtenientes Camacho, Norris, Cuellar, Alvarez, etc.

Murió tambien en esta funcion de armas el coronel Gelaty, y se distinguió por actos de pericia y de bravura el joven Colombris, que reapareció, como siempre valiente y honrado, al lado del general Zaragoza el 5 de Mayo de 1862. (*)

El general Santa-Anna continuó activísimo, valiente, pero sin plan y como á la ventura, la defensa de las garitas y el ataque hasta las calles, en que se distinguieron los generales Rangel, Peña, Carrasco, D. Pedro Jorrin, jefe del batallon Victoria, y varios oficiales y soldados, como Béistegui, Urquidi D. Francisco y D. Manuel Muñoz, los dos últimos diputados al Congreso general, de ese brillante Cuerpo de guardias nacionales.

Scott entró en la capital el 14 de Setiembre con parte de su ejército.

El 16 renunció Santa-Anna la presidencia, encargándose de ella el Presidente de la Corte Suprema de Justicia D. Manuel de la Peña y Peña, quien marchó para Querétaro á organizar el Gobierno.

Santa-Anna, despues de algunas tentativas de formacion de nuevas fuerzas, marchó para Nueva Granada.

Al verificarse estos cambios, el país por sí siguió combatiendo á los invasores con varia fortuna. En

Julio de 47, la California habia quedado sometida á los invasores: el general Garay, en Octubre, derrotaba en la Huasteca á una respetable fuerza norte-americana; eran rechazados en Tabasco en una intentona de desembarco; el 14 de Noviembre fué ocupado Mazatlan por el comodoro Shubrick, y numerosas guerrillas, atravesando en todas direcciones el país, hacian graves estragos en las fuerzas invasoras. (*)

En 12 de Noviembre de 1847, reunido el Congreso en Querétaro, nombró Presidente interino á D. Pedro María Anaya, quien permaneció en el poder hasta Enero de 1848, en que volvió al desempeño de la primera magistratura el Sr. Peña y Peña.

Mr. Trist, plenipotenciario norte-americano, propuso que se abrieran nuevas negociaciones; el Gobierno nombró á los Sres. D. Miguel Atristain, D. Bernardo Couto y D. Luis G. Cuevas para que representasen al Gobierno.

Entre los comisionados referidos se ajustó el tratado de 2 de Febrero de 1848, firmado en Guadalupe Hidalgo, en cuya virtud, México cedió á los Estados Unidos Tejas, la Alta California, Nuevo México y la parte septentrional de los Estados de Chihuahua, Coahuila y Tamaulipas; México recibió en cambio quince millones de pesos.

Sometióse al Congreso el tratado para su ratificación, y se empeñó un debate amplio, luminoso y digno, en que sin distinciones de partido se defendieron los intereses de la patria conforme á las libres inspiraciones de la conciencia de aquellos representantes.

Distinguiéronse en pro de la guerra D. Manuel Doblado, D. Hilario Elguero, D. Ponciano Arriaga, D. Guillermo Prieto, y sobre todos, el Lic. D. José María Cuevas, quien se hizo conducir de la cama á la tribuna, donde pronunció uno de los más elocuentes discursos que honran la oratoria parlamentaria de México. (*)

En el partido de la paz se hicieron notables Pedraza, Lacunza, Lafragua, Payno y otros, á quienes especialmente en el Senado combatia Otero con su palabra ciceroniana y con su patriotismo sin mancha.

Ratificados los tratados en 30 de Mayo de 1848, las fuerzas enemigas procedieron á desocupar el territorio nacional, y el 3 de Junio de 1848 entregó el mando el Sr. Peña y Peña al general D. José Joaquín de Herrera, electo Presidente constitucional para el período que debía terminar en 1851.

México perdió en esta guerra la tercera parte de su territorio, que costó á los Estados Unidos 100,000 soldados con 200 piezas de artillería, el costo del servicio de más de 200 barcos y 210.000,000 de pesos.

La rica adquisicion de los Estados Unidos no les quita la mancha de iniquidad que cayó por esta invasion en las páginas de su historia.

LECCION UNDÉCIMA.

Presidencia del general D. J. J. de Herrera.—Pronunciamiento de Paredes.—Buena administracion.—Reforma del Ejército.—Arreglo de la deuda, etc.—El Cólera.—Presidencia del señor general Arista.—Integra y honrada Administracion.—Pronunciamiento de Jalisco.—Pronunciamiento de Sinaloa.—General Uruga.—Progresos de la revolucion.—Caída de Arista, su expatriacion y muerte.—El Lic. D. Juan B. Cevallos.—Golpe de Estado.—D. Manuel María Lombardini.—Vuelta de Santa-Anna á la República.

En mediados de Junio se trasladó el Sr. Herrera á la capital con el Gobierno.

El general Paredes, que habia vuelto ocultamente del extranjero, se apoderó de Guanajuato despues de haberse pronunciado en Aguascalientes; pero el general Miñon le derrotó completamente, y aquel fué á ocultarse á México, donde murió al año siguiente, casi olvidado. (*)

Formó su gabinete el Sr. Herrera de los individuos siguientes: Lic. Mariano Otero, Relaciones; Riva Palacio, Hacienda; Jiménez, Justicia, y el general D. Mariano Arista, Guerra, personas todas pertenecientes al partido moderado, pero respetables por su sabiduría y por su honradez. (*)

El restablecimiento de la paz, la economía y la moralidad del Gobierno contribuyeron en mucho á que la nacion en poco tiempo convaleciese de sus quebran-

tos. Contribuyó mucho al bienestar la suma cuantiosa de la indemnizacion norte-americana, invertida con pureza en las más urgentes necesidades de la administracion. (*)

Arista, con resolucion patriótica, quiso moralizar el Ejército, disminuirlo para que se pudiera equilibrar el presupuesto, y cortar los grandes abusos de la fuerza.

En esa época, y siendo Ministro de Hacienda D. Guillermo Prieto, iniciados por Arista, datan los pagadores del Ejército, la liquidacion de la deuda interior y la consumacion del ventajósísimo arreglo de la deuda contraida en Lóndres, preparado y ajustado por D. Manuel Payno en la ley de 14 de Octubre de 1850, y llevado á cabo por los Sres. Arista como Presidente, y Guillermo Prieto como su Ministro en 1852. (*)

En 1850 apareció el cólera morbo en México por segunda vez (la primera fué en 1833), haciendo grandes estragos, y contando entre sus víctimas al eminente orador Otero, que fué universalmente sentido.

En las elecciones que se verificaron en 1850 resultó electo el Sr. general Arista, quien tomó posesion del mando supremo el 15 de Enero de 1851, término legal del presidente anterior.

La trasmision del poder la hizo el Sr. Herrera en medio de la paz, volviendo á su modesta vida en medio de la veneracion y el respeto profundo de sus con-ciudadanos.

El Sr. Arista, aunque carecia de educacion literaria

y científica, poseía rectísimo juicio, un espíritu de probidad íntimo, é intransigente con todo lo indigno y deshonoroso: luego que ocupó elevados puestos, procuró reparar su ignorancia con el estudio, y escuchaba atento á los hombres de saber.

Su permanencia en los Estados Unidos lo inició en las verdades económicas y sociales, abrazando sincero principios democráticos, y comunicándole sanas ideas, que planteó en la administración.

Como soldado, fué esclavo de la ley; valiente hasta la indiferencia con el peligro, humano y caballero. Arista es uno de los gobernantes más honrados y dignos que ha tenido nuestra patria.

Arista siguió la senda de moralidad, órden, respeto á las leyes y economía que habia formado su antecesor.

Fueron sus Ministros en distintas épocas, D. Mariano Yáñez, D. José María Aguirre, D. Manuel Payno, D. Guillermo Prieto y el coronel D. Manuel Robles Pezuela.

La prosecucion de la reforma del Ejército inmoral y turbulento y las maquinaciones de los amigos de Arista en contra de las instituciones, aunque conservando hipócritamente sus fórmulas, abrieron de nuevo las puertas á las revoluciones y asonadas. (*)

El 26 de Julio de 1852 se pronunció D. José María Blancarte en Guadalajara, primero contra el gobierno del Estado y despues proclamando la caída de Arista y su reemplazo por Santa-Anna. Mandó el Gobierno á reprimir la asonada al general Miñon, quien fué re-

levado por el general Uraga. Al mismo tiempo se pronunciaba en Sinaloa el comandante de artillería D. Pedro Valdés, derrotando al general Vega y apoderándose de Culiacan.

Uraga, léjos de atacar la revolucion, se puso de acuerdo con ella, adhiriéndose con la fuerza, ménos D. Severo del Castillo, que se separó para unirse al gobierno de Jalisco y esperar los auxilios de la capital.

La revolucion cundia; sus agentes en México cortaban los recursos al Gobierno, orillándolo á negocios desastrados que rechazaba el Gabinete con inflexible probidad. (*)

En Guadalajara se modificó el plan de Blancarte, agregándole la convocacion de un Congreso extraordinario. A esta modificacion se llamó *el plan del Hospicio*, porque en el local de ese nombre se reunieron los autores del movimiento.

La revolucion cundió extraordinariamente, y se hizo incontenible en el Congreso: el partido conservador que tenia representacion numerosa, apoyaba indirectamente, pero con suma eficacia, la revolucion. Los amigos personales del general Arista, y los hombres de todos los partidos, le aconsejaban un golpe de Estado como único medio de salvacion. Convencido Arista de que era imposible marchar sin atropellar obstáculos que tenian el carácter de leyes, hizo renuncia del poder el 4 de Enero de 1853; y habiéndose él mismo expatriado para no dejar pretexto á la revolucion, murió pobre y oscuro en Lisboa, en 1854. (*)

El Sr. Arista, con talento claro, aunque ignorante, de probidad inmaculada, como se ha dicho, y de instintos firmes y enérgicos para procurar el bien del pueblo, emprendió la reforma del Ejército, sin cuya reforma es imposible la de la Hacienda, según había dicho el Sr. Pedraza.

Disminuyó y moralizó el Ejército, declarándose contra todos los bribones que lo infestaban, y sus Ministros se señalaron por notables mejoras en todos los ramos.

El Sr. Arista combatió con energía el agio; se emancipó de la tutela del clero, y puso su esmero en consolidar el crédito, reduciendo el deficiente y cumpliendo los compromisos contraídos.

A los empleados se les sujetó á exámen, y se publicaban las vacantes para que se otorgaran los nombramientos al mérito. En una palabra, en lo administrativo, ninguna administracion tiene los títulos á la gratitud pública que puede presentar el eminente patriota, modelo del soldado, ciudadano D. Mariano Arista.

Como presidente de la Suprema Corte de Justicia, tomó posesion del poder el Sr. Lic. D. Juan B. Cevallos, que había brillado por su palabra y energía en las filas del partido moderado, el 5 de Enero de 1853.

El carácter de Cevallos era irritable, y en los accesos de sus enfermedades del hígado, se volvía irreflexivo y atrabiliario.

Al entrar al poder se fijó en dar *un golpe de Estado*, disolviendo al Congreso: las guardias nacionales, pros-

tituyéndose, se prestaron á ejecutar la disolucion, que llevó á cabo D. Tomás Marin.

Los diputados se reunieron en un local privado, (*) desconocieron con energía á Cevallos, y nombraron Presidente á D. Juan Múgica y Osorio, gobernador de Puebla, quien no quiso aceptar el poder.

Cevallos había mandado al coronel Robles á que combatiera á los pronunciados; pero Robles defecionó, uniéndoseles y modificando el plan, concediendo á Cevallos la presidencia interina. Cevallos la rechazó y abandonó el poder, sucediéndole D. Manuel María Lombardini, nombrado por la soldadesca triunfante.

Varias comisiones se dirigieron á Turbaco (Nueva Granada) en busca de Santa-Anna, declarado jefe de la Nacion por los pronunciados; entre esos comisionados figuraban el general Basadre y D. Miguel Lerdo de Tejada. (*)